

EL ENFRENTAMIENTO

A la calle que corre de norte a sur podemos llamarla A, a la que lo hace de este a oeste B. Cuando ambas se encuentran dibujan un cruce, un cruzamiento, un crucero, una intersección, una encrucijada, un carrefour de un barrio de la ciudad de Córdoba. No hay nada en particular que lo distinga de otros tantos encuentros de calles. Las casas que componen los cuatro ángulos que lo forman son sencillas: tres de ellas de una planta y la cuarta de dos pisos. Todas tienen el mismo estilo insípido de finales de los años cincuenta. En el centro de la intersección, a unos cuatro metros de altura cuelga, sostenido por un cable de acero tensado entre dos postes de alumbrado, un farol de metal con una lámpara incandescente que ilumina, sin muchas pretensiones, hasta una distancia de unos veinte metros aproximadamente.

Carlos habita un departamento del segundo piso en la casa de dos plantas desde hace ocho años, época en la que vino a la ciudad y comenzó a estudiar su primera carrera. Originario de Mendoza, hijo único de una familia de clase media alta, nunca necesitó trabajar para costearse sus estudios. Un par de veces tuvo alguna ocupación rentada, pero sólo para probarse y probarle a sus padres que podía autoabastecerse, cosa que nunca sucedió, ya que el poco dinero que obtenía le alcanzaba apenas para diversiones menores y algunos gastos extras.

En la primera facultad que ingresó fue en la de Psicología. Con el tiempo se dio cuenta de que no era lo que había imaginado: la carrera lo obligaba a confrontar sus creencias religiosas con ciertas ideas presentes en algunos textos obligatorios que pretendían- Freud incluido- negar o poner en duda la existencia de Dios. Esto resultó ser un motivo suficiente para que, a mitad del segundo año, abandonara para siempre esa rama de la ciencia, o del arte, según se lo vea.

El segundo intento de Carlos fue con la que consideró como su vocación oculta y recién descubierta: Arquitectura. Entusiasmado con su flamante decisión ingresó en la facultad y pasó a ser un nuevo alumno de esa casa de estudios. Durante el primer año dedicó obsesivamente todo su tiempo a los libros y logró obtener excelentes calificaciones en todas las materias. Al igual que en la facultad de Psicología nunca se hizo de amigos y, salvo por algunos ocasionales compañeros en eventuales grupos de estudio, su actividad social siempre fue bastante exigua. Una de las cosas que más lo molestaban era la tendencia manifiesta de la mayoría de los alumnos a involucrarse en política, actividad esta que Carlos consideraba reñida con la finalidad- primera y última- de la educación. Además, veía con desagrado como los alumnos ensuciaban con inscripciones y carteles las paredes del establecimiento. Esto era para él altamente reprochable, censurable, reprensible y mal visto, sobre todo en una institución donde el criterio estético debía primar sobre otros aspectos.

Al comenzar el segundo año, un acontecimiento que puede parecer banal, le introdujo la primera duda sobre su segunda elección educativa: un vecino de su misma edad con quien solía cruzar algunas palabras, hizo al pasar un chiste bastante común basado en un mito popular sobre la sexualidad de los arquitectos, mas precisamente sobre la homosexualidad. Este hecho, además de haber observado- entonces lo recuerda- una cantidad considerable de jóvenes afeminados entre sus compañeros de estudio, lo hicieron caer en un estado depresivo poblado de fantasmas andróginos, miedos infantiles y pesadillas habitadas por castigos ejemplares.

Varias horas de terapia, unas cuantas pastillas blancas y los infaltables padrenuestros le permitieron tomar una decisión irrevocable: no iba a permitir que se pusiera en duda su orientación sexual: debía acabar con el sueño de ser un profesional que pudiera ser sospechado de transgredir una de las más elevadas reglas morales y naturales.

Ingeniería electrónica fue su última y definitiva elección. No era su vocación y además era la profesión de su padre, razón esta suficiente para no haberla elegido en primer término, pero, en última instancia, consideró que en una facultad eminentemente masculina estaría protegido de las habladurías, punto.

Carlos nunca tuvo novia, o casi, si es que cuenta un amor platónico a los quince años y un fugaz noviazgo que mantuvo durante unos meses con una compañera, demasiado liberal, estudiante de Psicología, quien pretendía mantener encuentros sexuales sin estar formalmente casados. La ruptura de esta efímera relación se produjo cuando ella, despechada por su negativa, en medio de una discusión se atrevió a poner en duda su hombría.

En la noche del 23 de marzo el aire estaba inmóvil, húmedo y demasiado caliente para esa época del año. El cielo se mostraba totalmente cubierto de espesas nubes que amenazaban descargarse de un momento a otro sobre la ciudad.

Eran las 22:35 de esa misma noche cuando Carlos abrió la puerta y entró al departamento que alquilaba. Llevaba en sus manos una botella de gaseosa y un paquete que contenía un sándwich, lo que acabaría siendo su frugal cena. Como aún no tenía hambre, dejó el paquete y la botella en la cocina y fue hasta el comedor que hacía las veces de lugar de estudio; encendió la luz y abrió la puerta-ventana que comunicaba con el balcón para que entrara el aire del exterior y refrescara un poco el ambiente caldeado del interior de la casa; luego tomó un libro de gran tamaño y se dispuso a estudiar para el examen que debía rendir la semana próxima.

Una sirena lejana, unos pasos sin dueño en la vereda gastada y el motor de un par de vehículos que pasaron por la calle, fueron los únicos ruidos que alteraron la calma del

lugar durante las dos horas en que Carlos permaneció enfrascado en la lectura de los textos de electrónica: propiedades de los semi-conductores..

A las 0:40 Carlos sintió que su estomago le pedía algo de comer y de beber. Se levantó y fue hasta la cocina, destapó la gaseosa de cola, saco el sándwich del envoltorio y lo colocó en un plato; tomó un vaso, un cuchillo, una servilleta y los llevó a la mesa en donde acomodó todo prolijamente. Antes de sentarse a comer fue hasta el balcón y se asomó para ver como una llovizna fina y tupida caía ininterrumpidamente haciéndose visible bajo el haz de luz que proyectaba el foco de la esquina; aspiró con fuerza el aire impregnado de humedad urbana y se sintió bien, joven y bien. Entró y se sentó a la mesa, cortó el sándwich por la mitad, sirvió un vaso de gaseosa y se preparó para dar el primer bocado, que no pudo ser.

El reloj marcaba las 0:51 cuando escuchó a un camión que circulaba por la calle A frenar bruscamente. Casi al mismo tiempo pudo oír como dos automóviles que circulaban, uno por A y otro por B, detuvieron su marcha haciendo chirriar las cubiertas sobre el pavimento del mismo modo que lo había hecho el vehículo de gran porte.

Carlos se levantó de un salto, fue hasta el interruptor y apagó las luces, luego juntó las dos hojas de la puerta-ventana que había dejado abiertas y se quedó mirando hacia el exterior, en donde los tres vehículos permanecían oscuros, quietos y silenciosos.

El disparo sonó a las 0:55 de la recién estrenada madrugada del 24 de marzo. Al unísono- si no somos muy estrictos- se pudo escuchar el chasquido de una pantalla metálica al ser perforada y casi un segundo después- confirmando a Newton- el sonido de los cristales fragmentados de la lámpara al caer sobre el cemento de la calle inauguraron la oscuridad del lugar.

Cuando el cielo está cubierto de nubes y estas se encuentran a baja altura, adquieren una coloración anaranjada de amanecer como consecuencia de la reflexión de las luces de la

ciudad en las pequeñas gotas de agua que las componen: Este débil sustituto de la iluminación anterior teñía el cruce de una irrealidad rojiza y le permitía a Carlos- quien permanecía observando tras los cristales-, distinguir - luego de que sus ojos se acostumbraron a la semi penumbra- , un camión del ejercito estacionado sobre A, cruzando apenas la bocacalle, con su parte trasera cubierta por una lona. También podía ver claramente a uno de los autos en su totalidad y la parte delantera del otro, ambos ubicados en medio de la calzada, justo antes de llegar a la esquina, uno en A y otro en B. Un Ford Falcon verde y un Peugeot 504 gris metalizado, con seguridad.

La 1:00 dio el reloj cuando cinco sombras anónimas, con vendas en los ojos y las manos atadas a la espalda, fueron ayudadas a bajar de la parte trasera del camión por otras tres sombras de manos libres y ojos bien abiertos.

Unos segundos mas tarde- lo que se tarda en caminar a ciegas unos diez metros- los cinco espectros primeros fueron ubicados en el centro de la escena: entiéndase el justo medio, bajo el cenit o sobre el nadir de un farol que ya no era, o casi.

- ¿Que pasa? Preguntó una voz sin rostro rodeada de cuatro silencios.
- Tranquilos, no pasa nada- Le respondió con amabilidad sincera uno de los tres bultos que se alejaban.

La Muerte llegó a la 1:03, puntual como siempre, con la infaltable guadaña y su atuendo pasado de moda para esta época de jeans ajustados y segadoras motorizadas, pero necesarios para que no exista ninguna duda sobre su identidad y su oficio. Se situó detrás de un árbol- un viejo paraíso -, a unos pocos metros de la esquina, lugar desde donde podía observar cómodamente los acontecimientos en tanto quedaba a salvo de cualquier mirada indiscreta, aunque, por regla general, nadie nota su velada presencia. Acto seguido sacó una pequeña hoja de papel y leyó en voz baja lo que tenía anotado:

cinco nombres, cinco edades diferentes, de 17 a 24 años; cuatro hombres y una mujer, cuatro niños y una niña.

-Que jóvenes, una pena- murmuró- y a continuación:

- Bueno, empecemos.

A la 1:05 se encendieron las luces delanteras de los autos y se pudo ver, nítidamente, a nuestros cinco protagonistas y a sus sombras interminables. Comienza la función, primero y último acto.

La mujer y uno de los hombres intentaron correr, el tercero de ellos se arrojó de rodillas al piso y los dos restantes permanecieron de pie paralizados, agónicos y expectantes.

Si el estruendo de las armas no hubiese sido tan ensordecedor, Carlos habría escuchado frases o palabras tales como: “Hijos de puta”, “Mamá”, “Dios”, “Por favor no” y cosas por el estilo.

Cuando la Muerte realiza su trabajo, bastante sencillo por otra parte, ya que solo debe hacer acto de presencia y constatar los hechos: podríamos decir que es una escribana especializada (Dios se ocupa de otros asuntos como lograr que el seleccionado argentino de fútbol salga campeón del mundo en este año del señor de 1978: tiene muchos pedidos y queda poco tiempo), suele entretenerse imaginando como es ese momento irrepetible que a ella le está negado. En esta situación en particular especula: “Cuando la bala atraviesa el cráneo, llevando su porción de materia gris, blanca, sinapsis, pensamientos, sueños y proyectos - fue el caso del primero que intentó correr- la muerte llega montada en una explosión de luces, algo así como fuegos artificiales: un puro y enorme destello al que le siguen otros más pequeños que se pierden en la oscuridad final y definitiva. Las que desgarran el corazón, dan el tiempo necesario para saber que lo que se esta yendo es la vida, y casi nada más. Las balas en los pulmones matan por asfixia”.

– No me gusta esa muerte- dijo la Muerte.

“Las que perforan el estomago y los intestinos asesinan lentamente y duelen mucho, pero, afortunadamente en este caso, llegan muchas otras”

Eran la 1:08 cuando se apagaron los faros de los automóviles y la penumbra volvió a adueñarse de la encrucijada.

Ahora las sombras eran muchas, como también los pasos pesados y las voces apagadas, y el ruido inevitable del metal contra el pavimento.

El hombre de la bolsa desanudaba y recogía con rapidez y pericia las vendas y las ataduras blancas, celestes y negras, con detalles en rojo.

La Muerte miró la lista, quedaba un nombre y una edad: varón, 20 años.

– ¡Caramba- dijo con tono de película doblada- que complicación! Ya debería estar saliendo para el Hospital de Clínicas.

Apenas terminó de decirlo cuando se oyó el último disparo de grueso calibre:

-Fuegos artificiales- imaginó la Muerte.

Miró la lista nuevamente: ningún nombre, ninguna edad. Alzó los hombros, suspiró profundamente y luego arrojó a la vereda el papel en blanco, sin pensar que estaba ensuciando la ciudad.

–Bueno- dijo- vamos. Y se fue sola.

Entonces sonaron sirenas y llegaron patrulleros, y más autos, y más gente, y hubo flashes, y fotos, muchas fotos.

Carlos aún estaba en el mismo lugar y en la misma posición en que estuvo desde un comienzo.

El teléfono sonó a la 1:25 de la madrugada. Carlos dio un respingo y abandonó el sitio que ocupaba junto a la ventana, caminó presuroso los cinco pasos que lo separaban del aparato y levantó el tubo:

-Hola.

-Hola Carlos ¿qué pasó?

-¿Quién habla?

-Jorge...Gutierrez.

Jorge era un compañero de facultad con quien Carlos acostumbraba a juntarse para estudiar y que vivía a un par de cuadras del departamento; si queremos llamarle amigo podemos, pero no es exacto.

- Ah, que tal. Mirá, es terrible, hay varios muertos. Fue un enfrentamiento.
- ¿Terroristas?
- Si, claro, yo no vi muy bien... pero tienen que ser.
- ¿Y cayó algún milico, algún cana?
- ¿Un militar...un policía? Y... posiblemente...supongo que si. Mañana nos enteraremos por los noticieros.
- Claro... bueno, te dejo... mañana hablamos y me contás todo.
- Si, seguro, chau.

Carlos colgó el teléfono y fue a mirar nuevamente por la ventana. Ya habían retirado los cuerpos y solo quedaban un par de automóviles con las luces apagadas.

- Si sigue lloviznando mañana no van a quedar huellas- dijo.

Recordó que aún estaba a oscuras. Abrió la puerta-ventana, cerró las celosías, fue hasta el interruptor y encendió la luz; luego se dirigió a la mesa y se sentó, tomó el sándwich y le dio el primer mordisco, masticó un par de veces el bocado pospuesto y al intentar tragar sintió que un asomo de nausea le invadía la garganta.

- La puta que los parió- dijo – él nunca decía malas palabras- les pedí que no le pusieran mayonesa.

LUIS DURAN

